

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 7-9): *Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir.*

Salmo (62, 2.3-4.5-6.8-9): *«Mi alma está sedienta de tí, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Romanos 12, 1-2): *No os amoldéis a este mundo.*

Evangelio (Mateo 16, 21-27): *Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y me siga.*

Para Jesús, la opción es solo una y definitiva: “*hacer, en todo, la voluntad de su Padre*”. Esa es su sed, su hambre, el fuego que le consume. Hay cosas que no se pueden comprender si no se han experimentado de alguna manera. San Bernardo decía que “*hay quienes saben mucho de Dios y hay quienes lo han experimentado*”. Y recomienda escuchar a los sabios, pero creer a los expertos.

Jesús no solo sabe cosas acerca de Dios, sino que lo ha experimentado. Es la razón misma de su existencia, el fuego que le devora, la pasión que lo alimenta. Sin duda, podemos asegurar que nadie ha vivido esa experiencia de manera igual. Pero, al mismo tiempo, tenemos que afirmar que muchas otras personas también supieron y saben lo que eso significa; por ejemplo, los profetas.

Los profetas se nos presentan de muchas maneras y con estilos muy diversos: **Oseas**, el enamorado de su infiel esposa, que reconoce el amor divino por su pueblo infiel y comparte en su propia vida el sufrimiento de Dios que se le revela como amante traicionado; **Amós**, el antiguo pastor y cultivador de higos, que se vuelve guía obstinado, a veces hasta agresivo, de un pueblo que no quiere cultivar la justicia; **Ezequiel**, el sacerdote profeta de la esperanza en medio del cautiverio; el sublime **Isaías** y los que siguieron escribiendo en su nombre, cuyas palabras nos deleitan de tantas maneras y cuya profundidad nos emociona.

Y junto a otros muchos más, **Jeremías**, el profeta sufriente. Dotado de una sensibilidad extraordinaria, Jeremías prefiere no ser profeta; se excusa ante la invitación de Dios, pero, no le queda otra que aceptar la llamada y convertirse en el portavoz del mensaje de Dios en medio de un pueblo asediado, hambriento, desesperado, abatido y, por último, derrotado. ¿Cómo hablar de Dios en medio de todo eso? ¿Cómo vivir a contracorriente de los demás todo el tiempo?

Jeremías no dice sus oraciones: “*las grita*”. Creo que eso lo hace más cercano a muchos de nosotros, al menos en algunos momentos de la vida. El profeta grita porque se siente como engañado por parte de Dios: **«Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir»**. Yo no quería entrar; tú me metiste, y mira el resultado.... ¿Oración? ¿Queja? ¿Acusación? Quizás haya algo de todo eso. Se descubre como objeto de burla, el hazmerreír del pueblo. Él que lo único que quería era llevar una vida tranquila y en paz.

La experiencia de Dios es experiencia de ese fuego ardiente e incontenible, de esa seducción que se disfruta, de esa realidad imposible de olvidar. Los profetas vivieron con ese fuego en sus huesos. No fueron personas anodinas, sino apasionadas, muy apasionadas. ¿Sientes tú esa pasión en tu vida? ¿Sientes un hambre insaciable en tus entrañas? ¿Sientes ese fuego ardiente e incontenible en lo más íntimo de ti mismo? Si aún no lo sientes, pide esa gracia.

«El discípulo no es más que su maestro» (Mt 10, 24), les había dicho Jesús a sus discípulos en más de una ocasión. Y, ahora, a Pedro le dice **«ponte detrás de mí»**. Los exégetas, los estudiosos de la biblia nos dicen que este texto traducido tradicionalmente como “*apártate de mí vista*” es en realidad **«ponte detrás de mí»**. Pedro no quiere aceptar el seguimiento tal como lo propone Jesús. Quiere ser él el que indique el camino. ¡Cuántas veces queremos que la vida sea lo que nosotros deseamos que sea! ¡Cuántas veces queremos que la vida cristiana sea lo que nosotros deseamos que sea!

El seguimiento que propone Jesús conlleva un estilo de vida fundamentado en el servicio, vaciado de todo poder. **«El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor»** (Mt 20, 26-27). Les había dicho muchas veces. El seguimiento que exige Jesús busca ser fiel a la voluntad del Padre. **«He venido –les dirá– no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»** (Jn 6, 38). La vida de Jesús transcurrirá siempre por este sendero de fidelidad y gratuidad.

Los discípulos no comprenden. Sus aspiraciones son otras. Solo tras el fracaso de la cruz, cuando ya no había esperar nada, la resurrección les alcanzó como un golpe de luz. Será entonces cuando comiencen a comprender el misterio de Jesús. **«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»** (Mt 24, 32).

La actitud de Pedro refleja nuestro modo de situarnos ante Jesús. ¡Qué difícil nos es permitir que Dios sea Dios! Queremos un Jesús a nuestra medida, un Dios que se ajuste a nuestras necesidades y deseos. Muchas de nuestras oraciones son para pedirle que haga lo que nosotros deseamos. **«Ponte detrás de mí»**, nos dice Jesús otra vez. Cultivemos en nosotros la actitud propia del discípulo que sabe que Jesús es el Maestro; la actitud de dejar que Dios sea Dios.